ANA ARAMBARRI

Ataúlfo Argenta

Música interrumpida



Galaxia Gutenberg

Ana Arambarri

Ataúlfo Argenta

Música interrumpida

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2017

© Ana Arambarri, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Fotoletra, S.A.
Impresión y encuadernación: Sagrafic, SL
Depósito legal: B. 4333-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-466-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Alberto,
*'e 'l naufragar m'è dolce in questo mare'**

* Leopardi, *L'Infinito*.

Preludio

Este libro habla de perseverancia y tenacidad.
De respeto y tolerancia. Y del amor a la música.
A mis padres.
A mis hijos, en el deseo haberles transmitido estos valores.

Mis recuerdos sobre Argenta se remontan a la niñez, a los conciertos del Teatro Real, donde acudía con mis padres los viernes por la tarde. Con nosotros venía la viuda de Ataúlfo Argenta, Juana Pallares, una mujer extraordinaria. Destacaba por su personalidad. Era inteligente y mordaz. «Esto lo dirigía mejor Ataúlfo», comentaba con frecuencia al terminar el concierto. Avanzada de ideas, le sorprendía la escasa aceptación de la música contemporánea. «Es como abrir una ventana y dejar que entre el aire fresco», comentaba mientras regresábamos juntos en coche.

Cada viernes repetía el mismo ritual. Antes de bajar del coche, en el portal de su casa, nos pedía aquel clavel –o jazmín– que Maruja, la florista del Teatro Real, había prendido en la solapa de nuestros abrigos. Juanita, una vez sola en casa, los colocaba junto a la foto de Ataúlfo. Viernes tras viernes, año tras año. Un recuerdo que guardo en mi memoria.

Crecí en el seno de una familia amante de la música. El azar hizo que mis padres se conocieran en un concierto.

Eran los primeros que se celebraban en el Madrid de la posguerra. Mi madre, que había sido alumna de Ataúlfo Argenta, no quería perdérselo y tuvo que vender un vestido para poder pagar la entrada. Es lógico, por tanto, que la figura de Ataúlfo Argenta haya tenido tanta importancia en mi vida. Con frecuencia escuchaba anécdotas de la dramática vida de Ataúlfo. Una historia apasionante, aunque no siempre bajo el aura del éxito. Su biografía nos sumerge en dramáticos episodios marcados por el afán de superación, la perseverancia y la resistencia frente a la adversidad. Una vida donde fortuna y desdicha van de la mano. En su camino, el *fatum* asoma sombríamente, un *leit motiv* que se repite con angustiosa cadencia.

Conocía la existencia de la correspondencia entre Ataúlfo y Juanita. Ciento cincuenta cartas que conserva la familia, todas ellas escritas de puño y letra por el músico. Sin lugar a duda, esta correspondencia es la esencia del libro pues en ellas expresa con libertad sus afinidades musicales. El privilegio de acceder a estos correos privados –confianza que la familia Argenta sólo ha compartido conmigo– me permitió sumergirme en sus sentimientos, ambiciones y emociones. Entendí su forma de pensar, de vivir y de gozar: la de un hombre enamorado de la vida y de la música. Todo en él era música. Una personalidad similar a su modo de interpretarla. Apasionado y romántico. Excesivo en todas sus manifestaciones. De enormes contrastes. Firme y rebelde en su independencia. Suave y apoteósico.

Cuando tomé la decisión de escribir la biografía de Ataúlfo Argenta, opté por aprovechar el material documental que tenía en mis manos. El enorme valor de su correspondencia me permitía ofrecer en primera persona un relato y una aproximación verídica del personaje, muy superior a cualquier otro procedimiento narrativo. En la segunda parte del libro, empleando esta misma fórmula,

son sus enemigos quienes ponen voz a los hechos. No he querido renunciar a desvelar las intrigas de Sopeña o Rodrigo, narradas en primera persona, maquinando cómo hacerse con el control de la gestión cultural de la música española en la posguerra.

Ésta no es una biografía novelada. Lo que no recoge este libro es porque ninguno de los personajes vivos relacionados con Argenta, familiares y amigos, guardan memoria sobre los hechos. Mi decisión, como punto de partida, fue no fantasear ni inventarlos, sino justificarlos con notas biográficas, colocadas al final del libro para no perder el ritmo de la lectura. Mi intención ha sido reflejar la verdad sobre el caso Argenta: sus dichas y desdichas, sus aventuras y desventuras, sus traiciones y alianzas, sus éxitos y sus fracasos.

Eran años sombríos en los que algunos compositores españoles sufrían penurias y censura si no coincidían ideológicamente con el Régimen. Muchos de ellos se vieron obligados a marcharse a otros países para poder desarrollar su carrera profesional con libertad: Manuel de Falla, Andrés Segovia, Gaspar Cassadó. Otros, perseguidos por haberse manifestado republicanos, tuvieron que exiliarse por temor a las represalias del franquismo: Pau Casals, Óscar Esplá, Robert Gerhard o el Grupo de los Ocho, por citar a unos pocos.

Argenta tendió puentes para incorporar sus obras a su innovador repertorio. Fue el embajador de la música española en Europa, el impulsor de la Orquesta Nacional y el símbolo de la apertura. Se ganó el respeto de grandes músicos. Ataúlfo Argenta, luminosa esperanza de la música española, reconocido por grandes músicos de su tiempo, vivió la vida al límite. De desbordante energía y talento, en apenas diez años conquistó un espacio único y exclusivo en la música europea de mediados del siglo XX.

El suyo fue un arduo camino, enfrentando obstáculos que parecían insalvables. Un país de escasa cultura musical. Una familia sin recursos económicos, dispuesta a enormes sacrificios por apoyarle. Vivió y sufrió dos trágicos conflictos bélicos, el fratricida español y la segunda guerra mundial. Lo que anhelaba Argenta era, por encima de todo, poder interpretar música. Vivió, amó y dirigió de la misma manera: de un modo arrollador, libre y apasionado. Poseído por un sentimiento interior que transmitía a través de la música.

Argenta murió en un dramático accidente cuando estaba a punto de alcanzar su sueño: la titularidad de una orquesta europea, la Suisse Romande, que lo hubiera consolidado, sin duda alguna, entre los más grandes. Los compromisos que a su muerte no pudo cumplir lo hubieran posicionado como el más reputado director del momento.

Su prematura muerte fue dramática para la música española. Desapareció un gran director, un gran artista y un gran hombre. La última crónica de *Le Figaro*, publicada al conocer la noticia del fallecimiento, tras su meteórica carrera, expresaba: «Decir que era el mejor de los directores españoles es indiscutible pero insuficiente. A los cuarenta y cuatro años había conquistado un lugar privilegiado en la primera fila de los directores internacionales.»

Uno

MÚSICA Y SILENCIO

Qué cansados estamos por haber caminado. ¿Será ésta, entonces, la muerte?*
1958

La nieve comenzó a caer. Los copos golpeaban suavemente el parabrisas. En el cielo de aquella fría noche de enero de 1958, las nubes impedían que la luna menguante se asomara. Ni una estrella. Sólo los faros del Austin A90 Six alumbraban la serpenteante carretera. Aún quedaban quince kilómetros para llegar. Se oía el ruido de las escobillas que limpiaban el cristal, marcando el compás con la precisión de un metrónomo.

Los copos caían con más intensidad mientras aparcó el coche en el garaje. Miró al exterior antes de cerrar. No se oía un ruido. La nieve enmudecía la naturaleza.

El silencio de la noche se quebró por el golpe del portón de madera. Subieron las escaleras de acceso a la casa. En el interior, el frío era insoportable. La vivienda estaba húmeda y desapacible. Intentó encender la chimenea. Y entonces se le ocurrió la maldita idea: esperar dentro del coche hasta que la habitación se caldease. Se encerraron en el garaje. Sentados en el asiento, muy juntos, con la calefacción encendida se estaba mejor. Muy juntos. Infinitamente mejor.

De pronto, se fue apoderando de él un sueño irresistible. No podía mover el cuerpo, sus músculos se iban paralizando, lenta y dulcemente.

* Richard Strauss. *Vier letzte Lieder*. Cuatro últimas canciones. *Wie sind wir wandermüde – ist dies etwa der Tod?*

Sus ojos se cerraban.

Recordó los aplausos.

Escuchó el sonido del mar, la música de las olas batidas por el viento.

Y el silencio.

DOMINGO, 19 DE ENERO DE 1958

Media hora antes ya era difícil acceder al Teatro Monumental. Tres mil personas esperaban en la calle a que abrieran las puertas. La sala se llenó hasta los topes. Envuelto por el clamor del público, Argenta dio su último concierto. Con la última nota de *El Mesías* de Haendel flotando, se oyó una ovación cerrada para Ataúlfo Argenta. Un homenaje final.

La versión fue contenida, profunda. Hizo gala de un gran dominio y seguridad en la interpretación. La Orquesta Nacional y el Orfeón Donostiarra. Como solistas, Maria Stader, Norma Procter, Peter Offermanns y Otto von Rohr. La atmósfera durante el concierto fue emocionante, cargada de magia. Ningún ruido alteraba la música. El público escuchaba en silencio, electrizado, con respeto. Sólo al final respondió delirante, con una ovación entusiasta.

Argenta era ya un ídolo que lograba encender la llama. Después de tantos años de duro trabajo, se había ganado el reconocimiento y la admiración del auditorio. Conquistaba a las multitudes con sus versiones que despertaban profundos sentimientos.

Argenta y Gorostidi, director del Orfeón, se abrazaron en el escenario. Los solistas saludaron repetidas veces. La orquesta en pie. El auditorio había estallado. El

aplauso, largo y caluroso, no cesaba. Todos fundidos en la misma emoción, saludando una y otra vez. Un éxito rotundo. La gente no quería marchar. Los espectadores retrasaron la salida hasta que apagaron las luces.

Se había convertido en un personaje popular. Por la calle lo reconocían, lo paraban para pedir autógrafos. En esa mañana fría, grupos de personas aguardaban la salida de Argenta por la calle del León. Esperaban verlo y regalarle un último aplauso, que él agradeció, sonriente.

El músico se montó en su coche y emprendió el camino a casa, donde lo esperaba su familia. Juanita y los hijos. Desde el portal, antes de subir al primer piso, oyó los ladridos de bienvenida de su perro *Wolf*, que lo recibía ladrando y moviendo la cola con alegría.

Amortiguado por el silencio de la nieve,
a lo lejos, escuchó
el estruendo de los aplausos,
el sonido del mar.